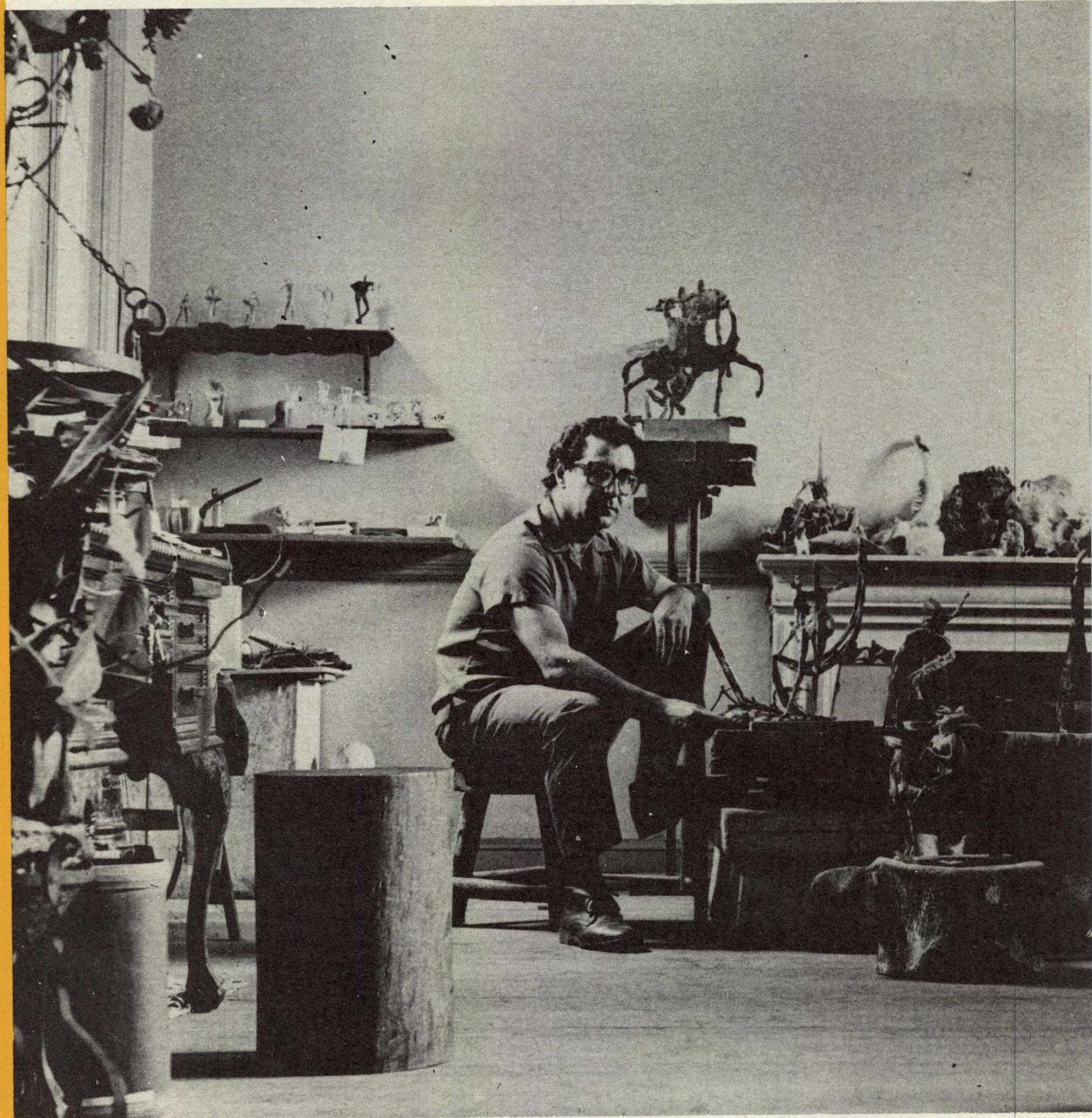
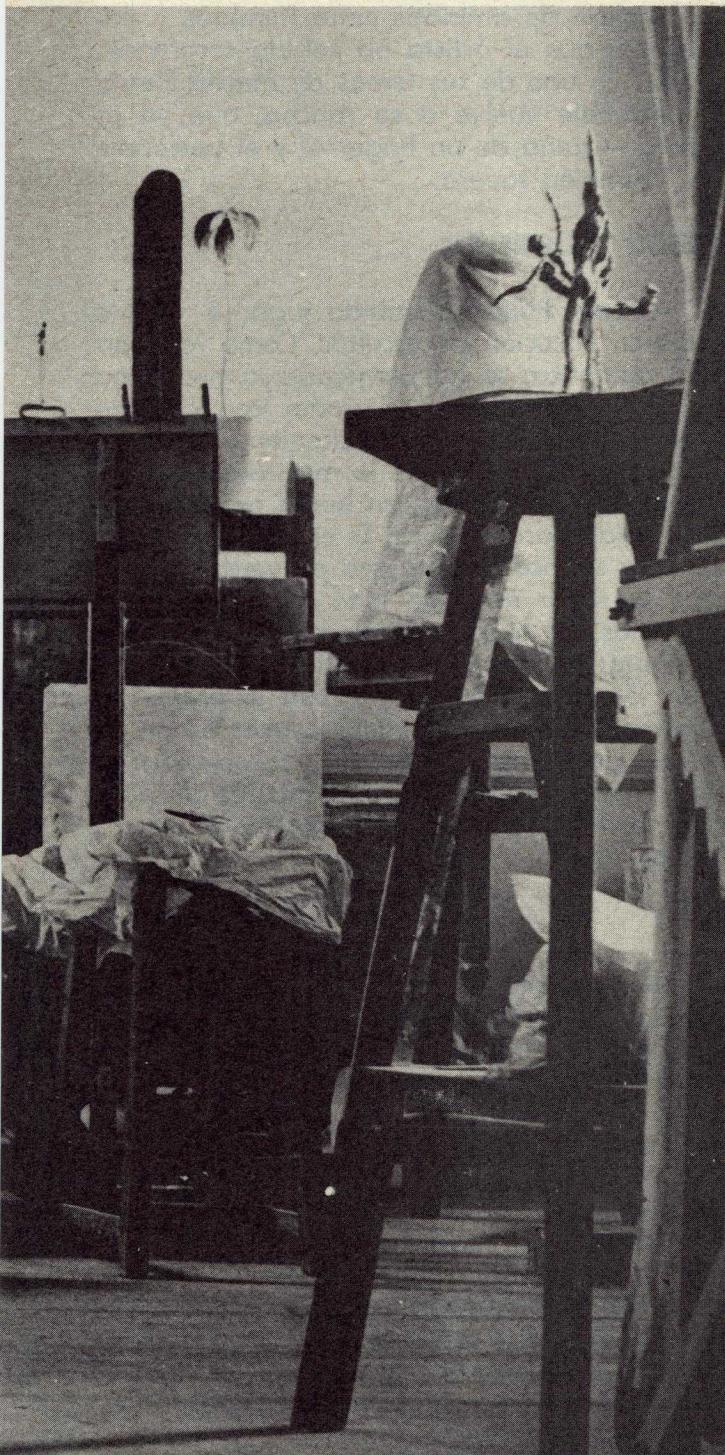


lirismo expresionista de un escultor argentino



ANTONIO PUJIA



Entre las sobresalientes figuras de la escultura argentina de hoy, descuelga, sin duda, Antonio Pujia. Es el suyo un lirismo expresionista de rica imaginación y cálido contenido poético que, por instantes, alcanza los límites de una especie de **surrealismo romántico**, que entrelaza armónicamente el mundo humano con el vegetal. A veces aprovecha, con prudente saber, las conquistas del **cubismo**, creando espacios abiertos en la propia masa de la figura o cortando ciertos planos a cuchillo, siempre en depuración y sutilización de la materia, para despojarla de su cargazón inerte, incendiándola en el sentido de su mensaje lírico y humano.

Pujia nació en una aldea de Polia, en Calabria (Italia), el 11 de junio de 1929. Formado artísticamente en Argentina, país al que llegó en la adolescencia, es hoy uno de los primerísimos escultores argentinos, con una obra que comienza a adquirir trascendencia internacional. Veinte premios jalonen ya su labor. En 1961 expuso en París, en la "Segunda Bienal de Artistas Jóvenes". En 1964 obtuvo en Buenos Aires el Premio Fondo Nacional de las Artes "Augusto Palanza", de singular prestigio, y en 1973 el Primer Premio 50 Salón Anual de Santa Fe. Pero no es el caso de referirse a sus muchas y justificadas recompensas, sino al sentido y valor de su quehacer de artista.

El "ostinato rigore" leonardesco tiene en Antonio Pujia un cultor devoto. Nada, en su obra, es el resultado de la fácil improvisación. La más suelta de sus piezas ha madurado en el sentir del artista, eclosionando con fresca gracia o patética soltura, luego de una lenta y severa incubación espiritual.

Al lado de escultores como Troiani Troiani, con el magisterio universal y eterno de Donatello, o la lección contemporánea de Manzú y Martini, Pujia ha ido hallándose a sí mismo hasta concretar una imagen personal en su escultura, en la que la anécdota, representada con novedad de miraje, trasciende de lo inmediato hacia lo eterno, con vuelo poderoso, en el que, con todo, no se pierde nunca la calidez de lo terreno.

SOLTURA

En su obra actual, Pujia ha alcanzado una soltura estupenda. Atento mucho más a la

expresividad de la obra que a un modelado respetuoso, acentúa en un punto lo que quiere decir; concentra todo el mensaje en una boca entreabierta; hace del yeso, en temas como su **Martín Fierro**, un apretado grito creciente, y desdibuja el resto del modelado, en discreta armonía, para que no moleste ni distraiga lo fundamental del verbo plástico, el exacto sentido de lo que se quiere sugerir.

Una riquísima imaginación y una bizarra e inteligente audacia ordenan su obra, nunca desemandada en lo gratuito.

EL DIBUJO EN LA ESCULTURA. LA MATERIA Y SU VUELO.

Con gracia especial, el artista incorpora el "dibujo" a la escultura; anota apenas un ojo, con la frescura del croquis; esquematiza las formas, despojando a la materia de su pesadez originaria; hace correr el aire entre las formas; cava, solivianta, aligera. La suya es escultura en el más alto nivel, no "literatura" de las formas. Cada una de sus obras está, de algún modo, "argumentada", porque el artista gusta de apegarse a lo vital, a lo palpable y cierto, como en un soplo de sensualidad pura, de amor por la visible palpitación de las cosas y los seres del mundo. Ello le vedo la abstracción fría (que la hay, también, cálida, como en cierto **expresionismo** de las formas).

Rodin hubiera aplaudido su tembloroso modelado, por instantes pulido y como acariciado con la yema de los dedos, y, por momentos, bellamente rústico.

Pujia deja, en algunos casos, la materia en estado de inocencia, como para que certifique de por sí sus valores expresivos en el plano más ingenuo. Según se lo requiere la exigencia de su verbo plástico, corta a cuchillo la forma, en la ya indicada incitación **cubista**, o cava aquí y allá, hasta dejar la materia indispensable para lo que se propone decir. Su economía y severidad llegan, por momentos, a reducir a lámina o plano la forma, como incendiada o quemada, para infundirle un fuego especial, que la deja reducida a lo palpitante y ardiente de su mensaje, dejando en el modelado las huella quemantes de ese incendio, como en el tema **Imagen de Martín Fierro en la pampa**, en la que lo seriado, a distinta dimensión, tiene también un valor estético, en la reiteración del mensaje, como en creciente volumen del grito.

FORMAS

Pujia no relata, sino que sugiere. No describe sino sumaria y bellamente, transfigurando la imagen de lo que el mundo le propone.

A veces, incorpora una rama —seca, pero como viviente— al modelado de un hombre, y ésta lo puebla, lo incorpora a un mundo mágico, lo integra en una insólita hermandad, en que todo se concierta y corresponde. El vaciado a la cera perdida —con técnica propia— conserva las singularísimas calidades de esa especie de simbiosis entre hombres y naturaleza, que el artista ha sabido sorprender y fijar. En uno de sus temas de **Martín Fierro**, el personaje vuelve a su rancho, que ya es **tapera** —ruina de un hogar— y el personaje "es" también tapera...

RIESGO Y DECISION

Antonio Pujia ha sabido jugar a todo o nada su vocación de escultor. Como todo artista auténtico, se ha planteado la necesidad de ser él mismo, de eclosionar con palabra propia, dispuesto al renunciamiento y al olvido si su camino no se le mostrara claro en ese indagarse, interior, en busca de una imagen válida para su obra. Es el instante en que el alma se incendia con sed de verdad, y parece no servir de nada todo lo aprendido en las aulas. La opción es tajante: ser o no ser.

Pujia ha emergido, fortalecido y aumentado, de esa lucha por alcanzar lo propio, lo diferente. Por eso hay tanta convicción en su labor, tanta espontaneidad, conseguida al duro precio de una intensa lucha, de un ejercicio continuo y hasta exasperante de su labor de artista.

MITO

Nuestro escultor ha sabido "mitificar" bellamente las imágenes de la vida cotidiana. Una mujer frente al espejo; un chico en su triciclo; dos hermanitos, ascendiendo de la mano del menor un globo; figuras humanas asomando a una ventana; bailarinas en el grácil ritmo de sus danzas; niños africanos, de vientres inflados y enormes y caritas escuálidas, como en la serie que, con interrogante que universaliza la tragedia, se titula **¿Biafra?**: hacia todo ser humano vuela Pujia su ternura comprensiva, con una transfiguración estética que exalta lo esencial, el gesto, el sentido, y desdeña el estorbo de lo menor y prescindible, lo limitado o vulgar.

CABEZAS

Muchas son ya las obras de Pujia que alcanzan la perdurabilidad cabal del logro memorable. Anotemos, en la reciente exposición en Buenos Aires, en el hall del Teatro Municipal General San Martín, junto a **La coya**



CADA VEZ DUELE MÁS

NORTE/43

—magnífico grupo que ofrece múltiples planos a la admiración del observador—, cabezas magistrales, como las de los pintores **Miguel Diomede, Alfredo De Ferrari y Carlos Alonso**, particularmente la primera. Estas cabezas —como las que Pujia muestra en los patios de su taller de la calle Juan Bautista Alberdi, las de los pintores argentinos Miguel Carlos Victorica y Lino Enea Sppilimbergo, con cuyo nombre ha bautizado esos patios—, son admirables logros de síntesis, expresividad y verdad anímica del personaje.

LA COYA

La coya —el grupo de una mujer con su niño o **guagua** a las espaldas— es una de las obras maestras de Pujia. El modelado ha sintetizado los planos con energía implacable, reduciendo algunas partes a una recta pared, vibrada su materia, sin embargo, libre de toda inercia. En el rostro, también seccionado en uno de los planos de incitación **cubista**, el escultor anota sumariamente el ojo, mediante un nervioso grafismo, incorporando así el dibujo a la escultura, toda ella inscripta en la gracia del croquis original, pero sin perder la solidez constructiva.

¿BIAFRA?

La observación casual de la fotografía de un niño de **Biafra** fue tema desencadenante en la actual obra de Antonio Pujia. La búsqueda de una imagen categóricamente propia surgió así, como algo largamente madurado, herido por el doloroso estímulo. La serie de bronces y otros materiales que llamó **¿Biafra?** se cuenta entre lo más valioso de la escultura argentina de todos los tiempos, y debe ser señalada con una piedra blanca, como un aporte excepcional. En algunas figuras, el modelado es terso, acariciante, en cabezas infantiles, mientras la materia arde, rústica, en los cuerpos dolientes. La novedad de los enfoques, la diversidad en el tratamiento y la rica imaginación, sostenida por una conmovida ternura, por una cálida solidaridad humana, hacen de aquella exposición de Pujia un memorable acontecimiento.

Con el intento de llevar su arte a un goce más extenso que el del individualismo coleccionista, Pujia ha modelado pequeñas esculturas en plata, que reproduce en cortas series. Son en sí notables obras, que no rebajarían su valor artístico llevadas a tamaño mayor. La imaginación de Pujia suele desbordar en ellas, hacia temas que lindan con la abstracción, de bello ritmo compositivo y extremada síntesis de las figuras representadas.

"MARTIN FIERRO"

El noble poema social "Martín Fierro"—máxima representación de la poesía gauchesca en la Argentina—, encuentra en Antonio Pujia un cabal intérprete, en cuanto a su sentido esencial de grito y denuncia. Es, precisamente, ese grito inmortal en favor de los desheredados, el que el escultor ha llevado, con estupenda fuerza, a su mensaje plástico. Todo el vigor de la expresividad se concentra en la boca doliente del gaucho "Martín Fierro". El poderío de ese grito doloroso está logrado con un aliento épico, formidable. El artista proyecta repetir la figura, en diferente escala, en creciente volumen, como si el propio grito fuera creciendo así, en el yeso, que pronto se hará bronce.

⋮ ⋮ ⋮

Intentamos sólo una visión sumaria del extraordinario artista que es Antonio Pujia. Arriesgamos, desde ya, que puede, sin desmedro, alternar con los grandes, en cualquier museo del mundo. La publicidad, la promoción, la crítica, aun los intereses de **Marchand**, suelen batir el parche insistente alrededor de la obra ya universalmente consagrada y reconocida. Entretanto, grandes, escultores —como Antonio Pujia— están esperando el momento para el despegue universal, para ser vistos y reconocidos por la crítica más exigente del mundo, a fin de incorporarse a la nómina de valores internacionales que no deben ser relegados o ignorados por el hecho de estar un tanto lejos de los focos de consagratoria atención en el populoso mundo de las artes.

León Benarós

